

Artículos	Página
La Santa Palabra de Dios	1
Sermones	4
La Palabra de Dios; ¿Cómo la Lees?	6
Salmo 119	8
El Descuido de la Lectura de la Biblia	9

La Santa Palabra de Dios

Joel Portman

Cuando Pilato le preguntó a Jesús: «¿Qué es la verdad?», en Juan 18:38, es posible que se sintiera frustrado por la variedad de argumentos en contra de Jesús que se habían presentado en su pretorio. Uno puede imaginar su dilema, pues sabía que Jesús era inocente (esa era la verdad), pero estaba siendo bombardeado por una multiplicidad de mentiras y engaños que contradecían la verdad que intuía en su interior. Pero al mismo tiempo, hizo lo que hacen tantos cuando se ven asaltados por afirmaciones contradictorias que pretenden ser todas la verdad: se alejó del Único que era y podía darle la verdad. Muchos en este mundo también están confundidos y desconcertados por la variedad de afirmaciones que se hacen, todas las cuales proclaman que están diciendo la verdad; como resultado, quedan en la oscuridad o son engañados por un camino de falsedad que conduce a la desesperación.

Como cristianos, conocemos la verdad, pues hemos experimentado su efecto liberador en nuestras vidas (Jn 8:32) y ella nos ha dirigido hacia Aquel que es la verdad y nos guía a toda la verdad por medio de su Espíritu (Jn 16:13). Es notable que en ese evangelio en el que Pilato hizo su pregunta, la «verdad» se menciona 27 veces de un total de 38 en los evangelios. Así pues, la verdad es Aquel que descendió claramente del cielo, dando a conocer al Padre (Jn 1,18; 14,9) y expresando la verdad de todo lo que atañe a la vida eterna. Y en ese evangelio, al igual que en los demás, Él estaba comunicando la verdad que es esencial para que uno posea esa vida divina y, por lo tanto, también introduciendo la obra continua del Espíritu Santo que siguió.

La verdad es esencial, no solo para la vida en general, sino aún más para la vida espiritual y eterna. La fe debe tener un fundamento sólido sobre el que apoyarse. Debe apoyarse en la verdad, y la verdad no es verdad porque uno piense que lo es o sienta que lo es. La verdad es verdad, la crea alguien o no. La verdad absoluta debe tener su origen fuera de la esfera del hombre, porque todo lo que los hombres enseñan y sostienen como verdad contiene alguna variación e incertidumbre. Debe ser la verdad de Dios, pues solo Él es la verdad y habla la verdad. Nuestra vida cristiana y nuestra seguridad dependen de la verdad que Dios ha revelado en su Palabra, de modo que la reflexión sobre la verdad debe llevarnos a lo que está escrito y perdura. Cuando Jesús se enfrentó al diablo en la tentación del desierto, afirmó la perdurabilidad de la Palabra de Dios al decir: «Está escrito» (Mt 4:4). Utilizó el tiempo verbal que indica que estaba escrito, que sigue escrito y que siempre estará escrito. «El cielo y la tierra pasarán», dijo, «pero mi palabra nunca pasará» (Mt 24:35). La verdad es verdad independientemente del paso del tiempo o de los cambios en la sociedad.

Nuestra fe y nuestra seguridad dependen de la verdad que Dios ha revelado y que su Espíritu confirma en nuestras almas. El creyente afirma que Dios es verdadero (Jn 3:33) y que se puede confiar plenamente en su Palabra. Pero, aunque la aceptemos y creamos plenamente, también tenemos la responsabilidad de comunicarla. La última exhortación de Pablo a su hijo espiritual, Timoteo, fue: «Predica la Palabra». Es decir: «anuncia, da a conocer, difunde y proclama públicamente la palabra con autoridad». Los primeros días de la iglesia estuvieron marcados por hombres

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

que hicieron eso; iban por todas partes predicando la palabra (Hch 8:4).

Predicar el Evangelio

La obra del Evangelio debe incluir la comunicación personal y pública de la verdad a los demás. Lo hacemos mediante nuestro testimonio, dando testimonio y buscando hablar con los demás personalmente, además de predicarlo públicamente. ¡Ambos aspectos son vitales! ¿No es posible que nuestro testimonio personal parezca estar desvaneciéndose? Parece que hoy en día pocos creyentes dan siquiera un folleto o dirigen una palabra a quienes no son salvos. Cada vez más (y es comprensible), en los esfuerzos de las asambleas, nos concentramos en la labor de los evangelistas a tiempo completo que no van a zonas donde no hay asambleas; más bien, van de asamblea en asamblea para hacer la obra que los creyentes locales deberían estar haciendo. Debemos tener cuidado de que nuestro ejercicio del evangelio no se centre en esfuerzos formalizados que impliquen una planificación y preparación exhaustivas seguidas de reuniones evangelísticas nocturnas. Sin duda, este es un aspecto importante de la obra del evangelio. Pero es necesario que haya un esfuerzo continuo y diario por parte de los creyentes locales comprometidos para buscar almas en sus vidas personales. Dios, por medio de Su Espíritu, ha equipado a cada asamblea con todos los dones necesarios para cumplir con sus responsabilidades. Efesios 4:11 nos dice que esos hombres dotados han sido dados por el Cristo resucitado y ascendido a la iglesia, y así como hay pastores (pastores) y maestros, también hay evangelistas. En el relato de Hechos, se puede discernir que las asambleas locales funcionaban con la ayuda de otros, como Pablo, pero también llevaban a cabo esas funciones dependiendo del poder del Espíritu Santo entre ellas. Conocemos una asamblea que sostuvo siete semanas de reuniones de evangelización con hermanos de esa misma asamblea predicando cada noche. No pretendemos negar la labor de quienes trabajan a tiempo completo en la obra. Más bien, deseamos enfatizar que la intención de Dios era que las asambleas locales estuvieran plenamente capacitadas para funcionar sin depender de la ayuda de otros. Parece que ahora hay una falta de fervor y de un profundo ejercicio del alma por la salvación de los perdidos. Se podría decir más, pero es necesario que haya un avivamiento en nuestras almas y un despertar para darnos cuenta del peligro que corren aquellos que yacen en la oscuridad espiritual, mientras que los que tienen la antorcha de la verdad pasan entre ellos sin hablarles.

Existe una necesidad clara de proclamar públicamente el evangelio a los perdidos. No son pocas las congregaciones que ya no celebran una reunión dedicada al evangelio los domingos por la noche.

Puede que haya un breve mensaje evangélico tras el tiempo de enseñanza, y se pueden aducir muchas razones para ello. Un argumento válido es que nadie ajeno a las familias de la congregación asiste a la reunión del domingo por la noche, y comprendemos lo difícil que resulta invitarlos. ¡Puede ser una tarea muy desalentadora! Quienes tratan de invitar a otras personas de la zona se dan cuenta de que es difícil conseguir que asistan. Pero, ¿podría ser también que no nos esforzamos por invitarlos? Es cierto que vivimos en un entorno diferente al que sentó las bases para la reunión evangelística de los domingos por la noche, pero ¿estamos haciendo el esfuerzo de alcanzar personalmente a los perdidos? En un mundo cambiante, sin duda puede ser necesario cambiar los métodos para adaptarse. ¡No hay ninguna autoridad bíblica que sostenga que siempre debamos tener una reunión evangelística los domingos por la noche utilizando un diagrama de los dos caminos! ¿Cómo se comunicaba el evangelio antes? Pablo realizó la mayor parte de su obra, al igual que toda la labor evangelística de los Hechos, en lugares donde se congregaba la gente, a menudo en la plaza del mercado (o en la sinagoga en aquellos primeros tiempos). Pero se nos ha encomendado predicar el evangelio a toda criatura (Mc. 16:15) en todo el mundo, obviamente a cada persona. Así lo hicieron ellos, y el mandato no ha cambiado, y la necesidad del hombre también es la misma.

Enseñar la Verdad

Pero las asambleas locales en este día de recuperación, ya sea la obra del Espíritu Santo en Dublín, Irlanda, o en la costa noreste de Escocia, se establecieron sobre la comprensión de la verdad. Esto se corresponde con la obra de Dios cuando un remanente de los judíos regresó a Jerusalén bajo Zorobabel y Esdras. Entonces se reunieron para escuchar la Palabra de Dios leída y explicada por aquellos que podían hacerlo (Neh. 8:1-9). Entonces respondieron a su enseñanza y obedecieron lo que habían aprendido. Hubo una recuperación similar cuando, en el siglo XIX, los hombres predicaron el evangelio fielmente a todos aquellos con quienes se encontraban y en todos los lugares a los que el Espíritu los enviaba (léanse las biografías de David Ross, David Rae y otros). El resultado de la salvación de las almas fue que tuvieron que escudriñar la Palabra de Verdad en busca de guía, donde descubrieron la verdad del bautismo de los creyentes. Comenzaron a reunirse en asambleas debido al descubrimiento de la verdad que les llevó a repudiar los sistemas clericales de las iglesias, así como sus sistemas denominacionales formalizados que existían sin fundamento bíblico. La verdad, tal y como se encuentra en la Palabra de Dios, los liberó de la esclavitud clerical y les enseñó la verdad de su libertad cristiana para

funcionar como sacerdotes santos en la comunión de la asamblea.

Ese estudio de la verdad divina y su fiel predicación constituyeron la base de su reunión y les permitieron continuar con ese mismo patrón tal y como lo aprendieron de las Escrituras. Y ese mismo patrón debe prevalecer hoy en día para mantener y continuar con la misma fiel manifestación de aquellos principios que forman la base de la comunión de la asamblea local. La enseñanza doctrinal y la exposición de la Santa Palabra refuerzan la fe y fortalecen las prácticas de los creyentes. Para que esto sea así, quienes asumen responsabilidades en las asambleas locales deben estar preparados para dedicarse al estudio de la Palabra de Dios, de modo que puedan disponer de material provechoso para proclamar y explicar a los creyentes. Si falta ese estudio y ese ejercicio espiritual, se producirá un deterioro correspondiente en la calidad de la enseñanza que se imparte. Ese deterioro da lugar a un deterioro del carácter espiritual general de los creyentes individuales y de toda la asamblea. La exhortación y el ánimo de las Escrituras son valiosos, pero la exhortación debe presentarse sobre una base doctrinal. Debemos preguntarnos si estamos enseñando a los santos aquellas cosas que establecen un buen fundamento para que puedan crecer espiritualmente y ser preservados del miasma de las enseñanzas no bíblicas o heréticas que prevalecen en nuestro mundo. El diablo también es un buen maestro, pero su objetivo es socavar el fundamento de nuestra fe. «Si se destruyen los cimientos, ¿qué puede hacer el justo?» (Sal. 11:3). Es triste cuando sus esfuerzos tienen éxito y los creyentes más jóvenes (por lo general) son desviados y pierden su deseo de permanecer fieles a la Palabra de Dios.

Recibir la Verdad

Enseñar es importante, pero escuchar y responder también lo son. A veces, quien ha dedicado horas a estudiar un tema para tener un mensaje que enseñar a los creyentes se desanima cuando parece evidente que quienes escuchan no tienen ganas de aprender. Algunos han preguntado, el lunes siguiente a una conferencia de fin de semana, si los asistentes recuerdan lo que se dijo. Es triste cuando poco ha quedado retenido en sus mentes para poder ponerlo en práctica en sus vidas. Necesitamos desarrollar un amor profundo y firme por la Palabra de Dios. La lectura del Salmo 119 nos hace conscientes de que el autor era un hombre que amaba profundamente la Palabra de Dios. Repetidamente, escribe sobre su amor por la Palabra de Dios (la Torá, que da instrucciones de diversas formas para la vida cotidiana, verdades proféticas, orientaciones), los mandamientos de Dios (mitzvá, orientaciones con autoridad), los testimonios de Dios (edá, sus testigos) y los preceptos de Dios (pikúd, mandatos establecidos, estatutos). Todos ellos eran

preciosos para él y también deberían serlo para nosotros.

La Biblia es la Santa Palabra de Dios, y cuando la leemos o la escuchamos, debemos recordar que es como si Dios estuviera hablando. No adoramos la Biblia, pero debemos reverenciarla y responder a ella con el más profundo afecto y aprecio. No deberíamos conformarnos con saber lo justo para «salir del paso». Que su verdad se arraigue profundamente en nuestros corazones y llene nuestras almas de alegría y paz proviene de mantener una atracción positiva hacia ella, casi un entusiasmo espiritual real cuando pensamos en ella o la leemos. ¡Cómo podría ser un «deber» o incluso (lamentablemente) una «tarea pesada» leer esta Página Sagrada! Leer una porción de las Escrituras cada día es importante, pero cuánto más valioso es examinar detenidamente sus páginas y meditar en sus verdades. La lectura cuidadosa y la reflexión cosecharán grandes dividendos espirituales. Jack Hunter dijo una vez, según recuerdo, «Es valioso leer la Biblia. Es más valioso leerla con atención. Pero es más valioso aún cuando la leemos con mayor atención». Quienes han dedicado toda una vida a estudiar la Palabra de Dios se sorprenden al darse cuenta de que apenas han comenzado a comprender sus verdades. Nunca llegaremos al final de todo lo que la Biblia tiene que enseñarnos, y si la estudiamos y meditamos en ella con el más profundo interés, el resultado será una vida santa profundamente enamorada del Autor de tal libro.

Si estamos demasiado ocupados para dedicar tiempo de calidad a ese estudio y meditación, entonces estamos demasiado ocupados. El ajetreo es una herramienta eficaz que el diablo ha diseñado en su ambición de frustrar los propósitos de Dios en la vida de las personas. Este mundo (esta era) está robando efectivamente a los pecadores el tiempo que podría permitir que el Espíritu les hable y les despierte a su necesidad de salvación. El tiempo disponible se llena con una variedad de entretenimientos orientados a ocupar tanto sus mentes como sus horas. Es triste ver esto, pero también es triste ver a creyentes a quienes igualmente se les ha impedido dedicarse a la actividad más elevada y valiosa para el hombre mortal, que es el estudio de la Palabra de Dios, el cual satisface los anhelos más profundos de nuestras almas. Todos estos sistemas han sido cuidadosamente diseñados por el enemigo de Dios para obstaculizar cualquier propósito de Dios que pudiera resultar en mayor honor para Su Nombre y más bendición espiritual para el alma del hombre. Que sea nuestra mayor ambición sumergirnos en este Libro Divino, benditísimo y santo, para que podamos alimentar nuestras propias almas y, a su vez, alimentar a otros que tienen hambre de él.

Sermones

De «Conferencias a mis alumnos»

Charles Spurgeon

Los sermones deben contener una enseñanza auténtica, y su doctrina debe ser sólida, sustancial y abundante. No subimos al púlpito para hablar por hablar; tenemos que transmitir enseñanzas de suma importancia, y no podemos permitirnos decir palabras bonitas sin contenido. Nuestra variedad de temas es prácticamente ilimitada y, por lo tanto, no podemos excusarnos si nuestros discursos son insustanciales y carecen de contenido. Si hablamos como embajadores de Dios, nunca debemos quejarnos de falta de materia, pues nuestro mensaje está rebosante. Todo el evangelio debe ser presentado desde el púlpito; toda la fe que una vez fue entregada a los santos debe ser proclamada por nosotros. La verdad tal como es en Jesús debe ser declarada de manera instructiva, para que el pueblo no solo oiga, sino que conozca, el sonido gozoso. No servimos en el altar del «Dios desconocido», sino que hablamos a los adoradores de aquel de quien está escrito: «Los que conocen tu nombre pondrán su confianza en ti». Dividir bien un sermón puede ser un arte muy útil, pero ¿qué pasa si no hay nada que dividir? Un mero divisor es como un excelente trinchador con un plato vacío ante sí. Ser capaz de pronunciar un exordio que sea apropiado y atractivo, sentirse a gusto al hablar con propiedad durante el tiempo asignado al discurso y concluir con una perorata respetable, puede parecer a los meros intérpretes religiosos que es todo lo que se requiere; pero el verdadero ministro de Cristo sabe que el verdadero valor de un sermón debe residir, no en su forma y manera, sino en la verdad que contiene. Nada puede compensar la ausencia de enseñanza; toda la retórica del mundo no es más que paja para el trigo en contraste con el evangelio de nuestra salvación. Por muy hermosa que sea la cesta del sembrador, es una miserable burla si carece de semilla.

El discurso más grandioso jamás pronunciado es un fracaso ostentoso si en él falta la doctrina de la gracia de Dios; pasa por encima de las cabezas de los hombres como una nube, pero no derrama lluvia sobre la tierra sedienta; y por eso el recuerdo que deja en las almas a las que la sabiduría les fue enseñada por una experiencia de necesidad apremiante es de decepción, o peor aún. El estilo de un hombre puede ser tan fascinante como el de aquella autora de quien se dijo «que escribía con una pluma de cristal mojada en rocío sobre papel de plata, y usaba como tiza el polvo del ala de una mariposa»; pero para una audiencia cuyas almas están en peligro inminente, ¿qué será la mera elegancia sino «algo más ligero que la vanidad»? Los caballos no deben juzgarse por sus cascabeles o sus adornos, sino por sus extremidades, huesos y sangre;

y los sermones, cuando son criticados por oyentes juiciosos, se miden en gran medida por la cantidad de verdad evangélica y la fuerza del espíritu evangélico que contienen. Hermanos, sopesen sus sermones. No los vendan al por menor por metros, sino que los repartan por kilos. No den importancia a la cantidad de palabras que pronuncian, sino que se esfuercen por ser estimados por la calidad de su contenido. Es una tontería ser pródigo en palabras y tacaño en la verdad.

Las apelaciones apasionadas a los afectos son excelentes, pero si no están respaldadas por la instrucción, son un mero fuego de paja, pólvora consumida y ningún disparo que dé en el blanco. Tened por seguro que el renacimiento más ferviente se agotará en mero humo, si no se mantiene con el combustible de la enseñanza. El método divino consiste en poner la ley en la mente y luego escribirla en el corazón; se ilumina el juicio y luego se someten las pasiones. Leed Hebreos 8:10 y seguid el modelo del pacto de gracia. La nota de Gouge sobre ese pasaje puede citarse aquí con acierto: —«Los ministros deben imitar aquí a Dios y, en la medida de sus posibilidades, instruir al pueblo en los misterios de la piedad, y enseñarles qué creer y practicar, y luego estimularlos en actos y obras a hacer lo que se les ha enseñado. De lo contrario, su labor corre el riesgo de ser en vano. El descuido de este camino es la causa principal por la que los hombres caen en muchos errores, como ocurre en estos días». Puedo añadir que esta última observación ha cobrado mayor fuerza en nuestros tiempos; es entre los rebaños no instruidos donde los lobos del papismo causan estragos; la sana enseñanza es la mejor protección contra las herejías que causan estragos a diestro y siniestro entre nosotros. Vuestros oyentes ansían y necesitan información sólida sobre temas bíblicos. Tienen derecho a explicaciones precisas de la Sagrada Escritura, y si usted es «un intérprete, uno entre mil», un verdadero mensajero del cielo, se las proporcionará en abundancia. Sea cual sea el resto del contenido, la ausencia de una verdad edificante e instructiva, al igual que la ausencia de harina en el pan, será fatal. Si se valoran por su contenido sólido más que por su extensión superficial, muchos sermones son ejemplos muy pobres de discurso piadoso. Creo que la observación está muy bien fundada: si asistes a un conferenciante de astronomía o geología, durante un curso breve obtendrás una visión bastante clara de su sistema; pero si escuchas, no solo durante doce meses, sino durante doce años, a la mayoría de los predicadores, no llegarás a tener ni una idea aproximada de su sistema teológico. Si es así, es una falta grave, que no puede ser lo suficientemente lamentada. ¡Ay! Las expresiones confusas de muchos acerca de las más grandiosas realidades eternas, y la vaguedad de pensamiento de otros con respecto a las verdades fundamentales, han dado demasiadas

ocasiones para la crítica. Hermanos, si no son teólogos, en sus pastorados no son absolutamente nada. Podéis ser excelentes retóricos y abundar en frases pulidas; pero sin el conocimiento del evangelio y la aptitud para enseñarlo, no sois más que un metal que resuena y un címbalo que retiñe. La verborrea es con demasiada frecuencia la hoja de higuera que sirve para cubrir la ignorancia teológica. Se ofrecen frases grandilocuentes en lugar de sana doctrina, y florituras retóricas en lugar de pensamiento sólido. Tales cosas no deberían ser así. La abundancia de declamaciones vacías y la ausencia de alimento para el alma convertirán el púlpito en una caja de grandilocuencia e inspirarán desprecio en lugar de reverencia.

A menos que seamos predicadores instructivos y alimentemos de verdad al pueblo, podremos ser grandes citadores de poesía elegante y poderosos distribuidores de palabrería de segunda mano, pero seremos como el antiguo Nerón, tocando el violín mientras Roma ardía y enviando barcos a Alejandría a buscar arena para la arena mientras el pueblo se moría de hambre por falta de trigo. Insistimos en que debe haber abundancia de materia en los sermones y, además, que esta materia debe ser congruente con el texto. El discurso debe brotar del texto por regla general, y cuanto más evidentemente lo haga, mejor; pero en todo momento, como mínimo, debe tener una relación muy estrecha con él. En materia de espiritualización y adaptación se debe permitir una gran libertad; pero la libertad no debe degenerar en licencia, y siempre debe haber una conexión, y algo más que una conexión remota: una relación real entre el sermón y su texto. Algunos hermanos han terminado con su texto tan pronto como lo han leído. Habiendo rendido todo el honor debido a ese pasaje concreto al anunciarlo, no sienten necesidad de referirse a él más allá de eso. Se quitan el sombrero, por así decirlo, ante esa parte de la Escritura, y pasan a campos nuevos y pastos nuevos. ¿Por qué toman un texto en absoluto tales hombres? ¿Por qué limitan su propia gloriosa libertad? ¿Por qué hacen de la Escritura un estribo con el que montar su Pegaso desenfrenado? Sin duda, las palabras de inspiración nunca tuvieron la intención de ser ganchos para ayudar a un charlatán a calzarse sus botas de siete leguas con las que saltar de poste en poste.

La forma más segura de mantener la variedad es ceñirse al pensamiento del Espíritu Santo en el pasaje concreto que se está considerando. No hay dos textos exactamente iguales; algo en el contexto o el sentido del pasaje confiere a cada texto aparentemente idéntico un matiz de diferencia. Sigue la huella del Espíritu y nunca te repetirás ni te quedarás sin materia: sus caminos destilan abundancia. Además, un sermón tiene un poder mucho mayor sobre las conciencias de los oyentes cuando es claramente la palabra misma de Dios —no una conferencia sobre la Escritura, sino la

Escritura misma revelada y aplicada—. Es debido a la majestad de la inspiración que, cuando profesas estar predicando a partir de un versículo, no lo apartas de la vista para dar cabida a tus propios pensamientos.

Hermanos, si tenéis la costumbre de ceñiros al sentido preciso de la Escritura que tenéis ante vosotros, os recomendaré además que os aferréis a las mismas palabras del Espíritu Santo; pues, aunque en muchos casos los sermones temáticos no solo son permisibles, sino muy apropiados, aquellos sermones que exponen las palabras exactas del Espíritu Santo son los más útiles y los más agradables para la mayor parte de nuestras congregaciones. A ellos les encanta que se les expliquen y expongan las palabras mismas. Que vuestro contenido sea, pues, abundante, y que brote de la Palabra inspirada, como las violetas y las primulas brotan naturalmente del césped, o como la miel virgen gotea del panal. Cuidad de que vuestras predicaciones sean siempre profundas y estén llenas de enseñanzas verdaderamente importantes. No construyáis con madera, heno y paja, sino con oro, plata y piedras preciosas.

Si ofrecemos a nuestro pueblo la verdad refinada, la doctrina bíblica pura, y todo ello expresado de tal manera que no haya ninguna oscuridad innecesaria, seremos verdaderos pastores de las Ovejas, y el beneficio para nuestro pueblo pronto será evidente. Esfuérzate por mantener el contenido de tus sermones tan fresco como puedas. No repitas cinco o seis doctrinas con la monotonía invariable de la repetición.

Se dice que la palabra «sermón» significa una estocada y, por lo tanto, al predicar nuestro objetivo debe ser tratar el tema en cuestión con energía y eficacia, y el tema debe ser apto para tal uso. Elegir meros temas morales será como usar una daga de madera; pero las grandes verdades de la revelación son como espadas afiladas. Cíñete a doctrinas que conmuevan la conciencia y el corazón. Mantente inquebrantablemente como defensor de un evangelio que gana almas. La verdad de Dios se adapta al hombre, y la gracia de Dios adapta al hombre a ella.

De todo lo que quisiera decir, esto es lo esencial: hermanos míos, predicad a CRISTO, siempre y para siempre. Él es todo el evangelio. Su persona, sus oficios y su obra deben ser nuestro único gran tema, que lo abarca todo. El mundo aún necesita que se le hable de su Salvador y del camino para llegar a Él.

La Palabra de Dios: ¿Cómo la Lees?

«Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, completamente equipado para toda buena obra».

En vano pretenderían los hombres conocer a Dios al margen de las Escrituras. Han intentado durante mucho tiempo y con gran esfuerzo alcanzarlo por sus propios medios, la ciencia, la filosofía, etc., pero solo para terminar con esta confesión de su ignorancia: «Al Dios desconocido». Tal era la tan alardeada sabiduría de los griegos, de la que, en realidad, no había nada de qué enorgullecerse. Solo se puede conocer a Dios mediante la revelación de sí mismo, y Él no ha dado tal revelación en ningún otro lugar que no sea en las Escrituras. Ha dado, en la creación, pruebas visibles de su poder eterno y su divinidad; pero estas pruebas, aunque suficientes para condenar al necio que ha dicho en su corazón: «No hay Dios», no lo revelan en su naturaleza y carácter. Solo las Escrituras, por ser inspiradas por Dios, pueden hacerlo. Solo en ellas se manifiesta Dios en su santidad, justicia y amor. «Dios es luz» y «Dios es amor» es lo que aprendemos y vemos tanto en su Palabra escrita como en la Palabra encarnada, nuestro Señor Jesucristo, «el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia», o, como se puede traducir, «el resplandor de su gloria y la impronta de su sustancia».

«Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer». El testimonio personal del Hijo se suma a las Escrituras del Antiguo Testamento y a las del Nuevo para dar a conocer a Dios. Si el hombre decide deshonrar al Hijo cuestionando su veracidad, o deshonrar a Dios cuestionando la verdad de su Palabra escrita, puede hacerlo a su propio riesgo. Una cosa es cierta, a saber, que al aferrarse a su propia concepción de Dios, de su Cristo y de su palabra, nunca saldrá de la oscuridad —oscuridad interior ahora, oscuridad exterior más tarde, si persiste en su actual incredulidad—. «A la ley y al testimonio: si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos».

La fe no cuestiona lo que es inspirado por Dios. Lo recibe con un corazón sincero, sin reservas ni sospechas. Sella con su sello que Dios es verdadero. Esto no es más que lo que los hombres suelen hacer con respecto a la palabra de sus semejantes. ¿Acaso Dios es menos digno de confianza que ellos? ¿No redundaría en beneficio del hombre que Él haya hablado? «Porque Dios habla una vez, sí, dos veces, pero el hombre no lo percibe. En un sueño, en una visión nocturna, cuando el sueño profundo cae sobre los

hombres, en el reposo sobre la cama; entonces Él abre los oídos de los hombres y sella su instrucción, para apartar al hombre de su propósito y ocultar el orgullo del hombre. Él retiene su alma del abismo, y su vida de perecer por la espada. También es castigado con dolor en su lecho, y la multitud de sus huesos con fuerte dolor: de modo que su vida aborrece el pan y su alma la comida exquisita. Su carne se consume hasta que no se puede ver, y sus huesos que no se veían sobresalen. Sí, su alma se acerca a la tumba, y su vida a los destructores. Si hay un mensajero con él, un intérprete, uno entre mil, para mostrar al hombre su rectitud: entonces Él le es clemente, y dice: «Líbralo de descender al abismo: he hallado un rescate». Su carne será más fresca que la de un niño; volverá a los días de su juventud; orará a Dios, y Él le será favorable; y verá Su rostro con alegría, pues Él devolverá al hombre su justicia. Él mira a los hombres, y si alguno dice: «He pecado y he pervertido lo que era justo, y no me sirve de nada», Él libraré su alma de caer en el abismo, y su vida verá la luz. He aquí, todas estas cosas las obra Dios a menudo con el hombre, para hacer volver su alma del abismo, para que sea iluminada con la luz de los vivientes». En verdad, el Dios que lleva al hombre, a través de las pruebas, a sentir su propio pecado y ruina, a fin de poder decirle que ha encontrado un rescate, y que ante su sincera confesión está dispuesto a librar su alma de caer en el abismo e incluso a establecerlo en su favor, un Dios así merece ser creído, especialmente cuando nos muestra en la cruz de su Hijo lo que le ha costado nuestra redención. Ahora bien, por el mero hecho de aceptar su palabra, el hombre nace de nuevo, nacido del agua y del Espíritu, y la nueva vida así obtenida debe alimentarse con la sustancia que la produjo. Por su propia naturaleza, no puede tomar otro alimento, y su desarrollo será proporcional al alimento que reciba.

Tras el alimento, o junto con él, vendrá la educación. El conocimiento espiritual irá, o debería ir, a la par con el crecimiento espiritual. La «doctrina» entrará aquí para provecho. La doctrina consiste en «dividir correctamente la palabra de verdad». De no hacerlo, se puede armar un terrible lío con las Escrituras. La amalgama de ley y gracia, por ejemplo, conducirá a lo que se llama adventismo, una de las falsificaciones modernas del cristianismo. «Dividir correctamente la palabra de verdad» requiere discernimiento espiritual, y esto se lo da el Espíritu Santo al creyente. «Él os guiará a toda la verdad», como prometió el Señor. Así guiados, y una vez apartados todos los prejuicios o tradiciones, discernimos entre las diversas dispensaciones, entre el llamamiento terrenal de Israel y el llamamiento celestial de la iglesia.

El Antiguo Testamento es específicamente para Israel, el Nuevo Testamento específicamente para el cristiano. Pero sería un error fatal imaginar que para los

cristianos no hay nada de qué beneficiarse en el Antiguo Testamento. Si son diligentes, encontrarán en cada una de sus páginas alimento, apoyo, consuelo, advertencias, exhortaciones, etc., y, cuando la luz del Nuevo Testamento se aplica a él, verdades de la más alta importancia, especialmente en cuanto a los tipos. Cuando el apóstol dice: «Todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para nuestra enseñanza, para que mediante la paciencia y el consuelo de **LAS ESCRITURAS** tengamos esperanza», se refiere evidentemente a las Escrituras del Antiguo Testamento.

El alimento es tan variado como es posible en la palabra de Dios, y esta es una condición esencial para un estado saludable del alma. De hecho, el mismo principio se aplica al cuerpo. Nadie podría vivir mucho tiempo alimentándose incluso de la mejor carne preparada de una sola manera. Debe haber leche para los niños y alimento sólido para los hombres adultos, e incluso leche para los hombres cuando, espiritualmente hablando, no gozan de buena salud, como era el caso de los corintios y los hebreos. Es más: de todas las variedades de alimento que figuran en las Escrituras, no hay ni una sola de las cuales el cristiano pueda decir: «No la necesito». ¡Qué alegría, cuando, al leer el Antiguo Testamento, descubre que la mente de Dios está continuamente ocupada en Cristo, como muestran los tipos y declaran los profetas! ¡Cuánta ayuda le proporcionan las advertencias que se desprenden de la historia de los pueblos antiguos! ¡Cuánto consuelo, en medio de la prueba, le brindan los piadosos susurros de los Salmos! Tiene derecho a beneficiarse de todas las instrucciones, las advertencias, los consuelos y las promesas.

Y si pasamos al Nuevo Testamento, ¿hay una sola página de la que pudiéramos prescindir o quisiéramos prescindir? También hay una gran variedad de alimento en él. Tomemos los Evangelios: ¿te conformarías con los tres primeros, llamados sinópticos, y dejarías de lado el cuarto? ¿O dirías que el cuarto te basta? Si omites uno de ellos, suprimes una parte de Cristo, en lo que a su manifestación se refiere. Si amo a mi Salvador y Señor, querré encontrar su mesianismo —Emmanuel, Dios con nosotros— tal como se muestra en Mateo; su servicio tal como se ve en Marcos; su gracia tal como se revela en Lucas; su deidad unida a su perfecta humanidad —el Verbo hecho carne— tal como se atestigua en Juan. Querré estar cerca de Él y aprender de Él a través de cada uno de ellos. Y así, estando cerca y siendo enseñado, exclamaré: «Él es totalmente adorable». Fuera los calumniadores que se atreven a encontrar defectos en Sus palabras o en Sus obras, o en el testimonio inspirado de aquellos que le acompañaron cuando estuvo aquí abajo y que pudieron decir: «Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y

estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea completo».

De nuevo, tomemos las Epístolas. ¿No son también muy variadas, y tanto más provechosas por razón de su variedad? Así es como satisfacen los diversos estados del alma y las condiciones de vida de aquellos a quienes están dirigidas, y ahora están dirigidas a todos los cristianos. No podríamos dejar de lado ni una sola de ellas sin causar un grave daño a nuestras propias almas. No podemos prescindir de Gálatas más de lo que podemos prescindir de Efesios. Gálatas nos preservará de caer en el legalismo de nuestros días, y Efesios nos enseñará la plena medida del llamamiento celestial. La verdad de Dios está constituida según el mismo patrón que el cuerpo místico de Cristo. No hay una sola parte de ella de la que podamos decir: «No te necesito».

Durante su estancia en el desierto, los hijos de Israel solo tenían maná para alimentarse. Nosotros, los cristianos, somos mucho más privilegiados. Tenemos el maná en los Evangelios —Cristo, el pan bajado del cielo, para que el hombre coma de él y no muera— y el grano maduro de la tierra —Cristo resucitado y glorificado— en las Epístolas. Y el alma solo se encuentra en un estado saludable cuando se alimenta de ambos, o más bien de Aquel que bajó para morir y de Aquel que ascendió en el poder de una vida eterna. Disfrutamos de Él de manera inexpresable en Su camino de obediencia hasta la muerte aquí abajo, y por el principio de la fe disfrutamos por anticipado de las bendiciones celestiales que Él nos ha abierto.

Pero además de esto necesitamos instrucción y dirección para nuestro caminar diario, y esto lo tenemos en las Escrituras, así como en la doctrina. Jehová, por medio de Moisés, dijo a los hijos de Israel: «Y estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón; y las enseñarás diligentemente a tus hijos; y hablarás de ellas cuando te sientes en tu casa, y cuando andes por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes; y las atarás como señal en tu mano, y serán como frontales entre tus ojos, y las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas». No era solo para que las leyera quienes por casualidad pasaran por allí, sino para que, a la luz de ellas, estos pudieran ver una vida acorde con ellas. Es lo que el mundo espera del cristiano, y con razón. Donde el ojo es sencillo, el cuerpo está lleno de luz. Que no se diga, en verdad, de ninguno de los que profesan conocer a Cristo y guardar su palabra: «Dicen, pero no hacen».

Encontraremos amplia «instrucción en la justicia» en el sublime discurso de nuestro Señor en el Monte. ¿Quién pretenderá que el cristiano está por encima y más allá de ello? Es bueno que disfrutemos de nuestra porción celestial, pero incluso esto puede convertirse en una trampa si nos lleva a olvidar que estamos llamados, mientras permanezcamos aquí

abajo, a ser justos en la práctica y en toda realidad. Todos nuestros caminos deben estar de acuerdo con la palabra de Dios. Necesitamos, no solo instrucciones y **ORIENTACIONES**, sino incluso mandamientos. Es en el Evangelio de Juan, donde en la primera página misma se nos introduce en la relación de hijos, o más bien de niños, donde el Señor habla más de mandamientos. Es cierto que están en consonancia con la relación; pero cuanto más elevada es la relación, más estrictamente se exige la obediencia. Nuestro bendito Señor mismo es el modelo de la obediencia perfecta. ¿Acaso no ha dicho: «No he hablado por mí mismo, sino que el Padre que me envió me dio un mandamiento sobre lo que debía decir y lo que debía hablar, y sé que su mandamiento es vida eterna; por lo tanto, todo lo que hablo, tal como el Padre me dijo, así lo hablo»? Las mismas palabras que su Padre le mandó decir a sus discípulos se convirtieron en mandamientos del Padre para ellos. «Si me amáis, guardad mis mandamientos», dice Él, y de nuevo: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él». De nuevo: «Si alguien me ama, guardará mis palabras; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada en él». Y de nuevo: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor».

Si alguien pregunta: «¿Dónde puedo encontrarlos?», respondemos: «No en una lista, sino en todo lo que el Señor dijo y enseñó». Esto nos obligará a seguir de cerca sus pasos, pero es precisamente lo que Dios espera de sus hijos. «En esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: “Le conozco”, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero en quien guarda su palabra, en él verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe también andar como él anduvo. Amados, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo, el cual teníais desde el principio; el mandamiento antiguo es la palabra que oísteis. De nuevo os escribo un mandamiento nuevo, lo cual es verdad en Él y en vosotros: porque las tinieblas se van, y la luz verdadera ya brilla».

¡Oh, por un mayor deleite en esa palabra de Dios, por una apreciación más plena de su inestimable valor! ¿No diremos con Jeremías: «Tus palabras fueron halladas, y yo las comí; y tu palabra fue para mí el gozo y el regocijo de mi corazón, pues soy llamado por tu nombre, oh Jehová, Dios de los ejércitos»? P.C.

Salmo 119

J. G. Bellett

Este salmo enumera las diversas virtudes de la palabra de Dios, así como el deleite y el provecho que los santos encuentran en ella. Cualquier creyente puede utilizarlo, en general, como el aliento de su propia alma; pero, en su pleno carácter profético, parece que será el lenguaje del verdadero Israel en su retorno a Dios y a sus oráculos, durante tanto tiempo descuidados.

Cuando el Señor vino, encontró a los judíos negligentes e ignorantes de las Escrituras. (Mateo 15:6, Mateo 22:29, Juan 5:38, 47) Pero el Remanente es dirigido hacia ellas. (Isaías 8:20; Malaquías 4:4) Y este salmo muestra su obediencia a esa indicación, y el ejercicio de su corazón en los escritos divinos. Han abandonado sus propias tradiciones y están escuchando a «Moisés y los profetas». (Lucas 16:29-31)

Esdras, mientras estaba cautivo en Babilonia, se ocupó diligentemente de la palabra de Dios, tal como lo hará el Remanente. (Esdras 7:6) Los judíos de Berea son un ejemplo de ellos, igualmente, en este sentido. (Hechos 17:11) Y la historia de Josías hace lo mismo. Reinó después de que se hubiera pronunciado el juicio contra Jerusalén. Su arrepentimiento no pudo cambiar eso. El juicio aún estaba por llegar; pero Josías (al igual que el Resto de Dios) será perdonado. Porque había puesto su corazón en servir al Señor cuando todo se precipitaba hacia la ruina. Pero tenemos en la historia este hecho adicional: que en medio de sus obras y servicios se encuentra el Libro de la Ley, y eso actúa de inmediato para dar un nuevo tono a todos sus caminos. Empieza por sí mismo. Asume la postura de alguien convicto y humillado. Con ese espíritu se pone de nuevo a trabajar y hace de los oráculos de Dios la norma de todo su servicio. (2 Reyes 22, 23; 2 Crónicas 34, 35)

Josías, de este modo, con celo, volvió a la palabra de Dios, que se había perdido por completo para la nación debido a sus vanidades idólatras. Y así, en los últimos días, el Resto arrepentido se volverá con corazones atentos y obedientes a la palabra de Dios, y la tratará con especial honor y consideración, conscientes como estarán de haberla descuidado durante tanto tiempo y de manera tan grave. Porque tal es el fruto que el arrepentimiento produciría debidamente y de forma natural. Será una restitución; devolver, como Zaqueo, el cuádruple de lo que habían maltratado.

Pero no podemos pasar por alto este valioso y profundamente devocional Salmo sin detenernos un poco más. Desde el principio de sus caminos, vemos el valor que Dios concede a su palabra escrita. Ha levantado un seto a su alrededor, para que ninguna

mano grosera pueda tocarla impunemente, ni para añadirle nada, ni para quitarle nada. Y la ha atado al corazón, ante los ojos y en las manos de su pueblo. Las puertas del campo, las puertas de la casa, la familia por la mañana y por la tarde, el paseo al aire libre y el descanso en el interior, todo debía ser testigo de ello. (Deut. 6, 11) Debía entremezclarse con toda la vida personal y social de su pueblo, y derramar su luz sobre cada sendero, por ordinario que fuera, de su camino diario. ¿No es una bendición ver al Señor estimar así su propia revelación y recomendarla así a nuestra estima? ¿Y ahora ha de ser borrada de nuestras puertas y de las palmas de nuestras manos? «La malicia de Satanás se ha ensañado tanto contra el Libro como contra la verdad que contiene». La vida divina del santo la atiende y no puede prescindir de nada de ella. Es el alimento de la vida de fe y esperanza. Lleva el alma a Dios y la mantiene cerca de Él y con Él, por medio del Espíritu. Cuanto más se aprecien las virtudes y consuelos de la nueva vida, tanto más se apreciará la palabra. Y el creyente invoca la palabra o la Escritura como respuesta a esa gran pregunta: «¿Dónde se hallará la sabiduría, y dónde está el lugar del entendimiento?» (~~Job 28:12~~). Porque Aquel que solo conoce el camino de la sabiduría ha hecho de la Escritura su morada. Y con Él (~~Jer. 23:28~~) el santo dice de todo lo demás, en comparación: «¿Qué es la paja comparada con el trigo?».

¡Que la mantengamos firme, pero la usemos con destreza a la luz del Espíritu Santo que mora en nosotros! Porque si existe el error de quitar esta llave del conocimiento (~~Le. 11~~), también existe el error de usarla con una mano inexperta e inestable. (2 Pedro 3) Úsela con la mente reverente y adoradora del siervo de Dios en este hermoso y precioso Salmo. Conozcamos algo del ardor de su corazón por los oráculos sagrados, diciendo: «Abrí mi boca y jadeé, porque anhelaba tus mandamientos».

El Descuido de la Lectura de la Biblia

F. W. Grant

La reunión de lectura de la Biblia es una gran prueba del estado de una asamblea; pues es allí, si las cosas van bien, donde el conocimiento, adquirido de cualquier manera, se pone a prueba y se confirma mediante ese intercambio personal y esa comparación que contribuyen en gran medida a convertirlo en posesión real del alma. Aquí también podemos aprender, si hay libertad y franqueza en el amor fraternal, las necesidades a las que la verdad da

respuesta y la capacidad de utilizarla para la verdadera edificación. Es de inmenso valor comprobar de esta manera hasta qué punto hemos comprendido la verdad, mientras que, por este medio, lo que cada uno ha aprendido se aporta al fondo común, para enriquecer al conjunto. Los que menos saben se sorprenderían al darse cuenta de cuánto pueden ayudar, de diversas maneras, las preguntas sugeridas por su propia necesidad a las mismas personas que las responden. Y este es solo uno de los muchos modos en que el que da de beber es el que recibe —el ministro es ministrado.

La reunión de lectura de la Biblia nunca, por lo tanto, se vuelve innecesaria o de escaso valor por la multiplicidad que pueda haber de enseñanzas más detalladas y conectadas. Es más, todo esto crea una necesidad especial de la reunión de lectura, para que el alimento presentado ante todos pueda ser digerido y asimilado individualmente. Aquí, sin embargo, cualquier falta de cercanía y de confianza mutua se percibirá sin duda como un obstáculo, y se manifestará una necesidad de otro tipo ante aquellos que tienen ojos para ver.

«Los hijos de este mundo son», en efecto, «más prudentes en su generación que los hijos de la luz». Las personas que heredan juntas grandes posesiones mundanas pronto se darían cuenta de la necesidad de familiarizarse con aquello en lo que tenían tanto interés personal. Cuán pocos son los que, en el caso de la riqueza espiritual que Dios les ha dado, tienen la audacia y la seriedad para apoderarse de lo que es suyo por cualquier medio a su alcance. Cuando, hace más de ochenta años, el Espíritu de Dios comenzó a moverse de nuevo en los corazones de su pueblo para reunirlos unos con otros y revivir la idea casi perdida de la asamblea de Dios, las reuniones de lectura fueron una señal notable y prominente del interés despertado por su palabra, y de que el pueblo de Dios, como tal, estaba despertando para reclamar su parte en ella. No se podía permitir que ninguna clase de hombres, por muy dotados, educados y respaldados por la masa que fueran, se interpusiera entre sus almas y la posesión de lo que todos necesitaban por igual y que Dios había destinado para todos. Ahora, por desgracia, la decadencia de las reuniones de lectura no significa otra cosa que el amainamiento de aquel entusiasmo ardiente por la verdad que entonces existía, y la menor conciencia de que el Espíritu de Dios está en cada uno y en todos los suyos para dar a cada uno el poder de adquirirla. La marea alta se ha ido, y la corriente menguada comienza a confinarse a los antiguos cauces.

Necesitamos proclamar de nuevo que Dios nunca diseñó la «teología» para una clase de teólogos, sino que todos los tesoros de su palabra son para todo su pueblo, sin que haya nada en ella que deba ocultarse, salvo a los ojos de los descuidados e

indiferentes, aquellos que están dispuestos a cambiar su primogenitura celestial por un plato de lentejas del mundo. Necesitamos afirmar una vez más que los maestros son solo una garantía por parte de Dios de su deseo de que todos conozcan, —no es que Él haya restringido a estos la posesión de ningún tipo de conocimiento espiritual. Los maestros solo deben mostrar que allí, en la fuente viva de la que se nutren, está el agua viva para todos, tan gratuita para los demás como para ellos mismos. Son solo la verdad de la palabra de Dios hecha para destacar como un estandarte ante los ojos de **AQUELLOS** que aún no la han encontrado allí donde Él la ha puesto para ellos, y con esto como lema de aliento para aquellos que tienen fe en un Dios que no puede mentir: «Todo el que busca, encuentra».

El éxito de los maestros se demuestra por su capacidad de hacer que los demás sean independientes de ellos cuando los hombres les dicen, como los samaritanos a la mujer de Sicar: «Ahora creemos, no por tus palabras»; y en la medida en que la iglesia de Dios, por medio de ellos, llega a darse cuenta de su capacidad para la autoedificación. Así, el apóstol dice que Cristo ha dado dones a los hombres: «a unos, apóstoles; a otros, profetas; y a unos, evangelistas; y a otros, pastores y maestros; para la perfeccionamiento de los santos en la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:11-13). Es decir, la «obra del ministerio» —y esto se deja abierto a la interpretación más amplia— es aquello para lo cual los santos en su conjunto deben ser perfeccionados. Cada santo es libre de «desea ardientemente los mejores dones» (1 Cor. 12:31), y tiene la responsabilidad de usar toda la capacidad que posea, sea cual sea, para enriquecer a los demás con ella. «La manifestación del Espíritu se da a cada uno para el bien común»; y si hay evangelistas especiales, todos son libres y están llamados, cada uno en su medida, a evangelizar; si hay maestros especiales, todos son libres y responsables de comunicar a los demás lo que Dios les ha dado de su verdad. El amor mutuo, el amor a las almas, debe tener libertad y ser alentado en todas partes.

¡Cuán bendita sería una asamblea de santos en esta condición, en la que cada uno se diera cuenta de que la plenitud de todo conocimiento espiritual estaba abierta para su disfrute, que los mejores dones eran suyos para codiciarlos, que él era, por el simple y maravilloso hecho de haber sido dotado del Espíritu, el ministro ordenado de Cristo para el mundo, el siervo y ayudante ordenado de sus hermanos! ¡Cuán intolerable es la idea de restricciones de clase que limiten y obstaculicen la gracia de Dios en su pueblo, y sin embargo, ay, en las cuales, sensible o

insensiblemente, se hundan tan fácilmente! El desarrollo de todo don se ve necesariamente obstaculizado por ello; y esta es en gran parte la razón por la que tan pocos entre nosotros salen a trabajar en los amplios campos que nos rodean, y por qué las congregaciones desarrollan tan poca fuerza y estabilidad. No hace falta hablar de un «laicado» para tenerlo. Si el pueblo de Dios se hunde en una indolente resignación ante su incapacidad para ejercer sus privilegios espirituales, es poco probable que se desarrolle entre ellos ningún don de ningún tipo. Los que solo pueden ser alimentados con la cuchara son niños o enfermos. Por otro lado, donde la vida espiritual es más fuerte, seremos más plenamente conscientes de nuestra necesidad mutua. Porque la debilidad espiritual implica siempre un fuerte elemento mundano, y ocupaciones, objetivos y placeres en los que, como hijos de Dios, no podemos tener comunión —ni ser de ayuda los unos a los otros—. Nuestros vínculos espirituales se vuelven, en consecuencia, teóricos, formales y sentimentales. Pero donde la vida es práctica y sincera, se sentirán sus necesidades y se comprenderá la gracia que nos ha unido. Cada uno tiene un lugar que ocupar que ningún otro puede ocupar; cada uno es necesario. Es bueno recordar esto, tanto en lo que respecta a nosotros mismos como a todos los demás. Si lo olvidamos, no podremos escapar así de las consecuencias.